

GUERRAS FICTICIAS

Miquel Barceló

El título me lo sugiere Michael Moore, en su proclama al recibir el Oscar de 2003 a la mejor película documental ("no ficción" en la habitual expresión en inglés) por *Bowling for Columbine*, una dura requisitoria contra el funesto amor de los estadounidenses por las armas. Antes de avergonzarse en público de su presidente, y hasta que la censura musical hizo callar su voz, Moore dijo eso de que "nos gusta la "no ficción", pero hoy vivimos tiempos de ficción. Vivimos en una época en la que contamos con resultados electorales ficticios que designaron a un presidente ficticio. Vivimos además una época en la que tenemos a un señor que nos envía a la guerra por razones ficticias".

Desgraciadamente, las guerras en el mundo real no son nunca de ficción. Nunca son incruentas. Siempre hay muertos y heridos. En ambos bandos.

Pero sí hay guerras incruentas en la ficción literaria, y algunas han dado lugar a obras inolvidables, desde "Sin novedad en el frente" (1929) de Erich Maria Remarque, hasta "Los desnudos y los muertos" (1948) de Norman Mailer, pasando, si se quiere, por "Por quién doblan las campanas" (1940) de Ernest Hemingway, por citar sólo algunos ejemplos famosos.

También la ciencia ficción dispone de una vertiente "militar".

Por desgracia, uno de los principales estímulos especulativos respecto del futuro de la ciencia y la tecnología es la posibilidad de la guerra y de cómo la tecnociencia puede transformar la guerra entre humanos, o entre humanos y extraterrestres.

Aunque el caso contrario es también cierto e, incluso en la realidad, algunos de los más importantes descubrimientos científicos y tecnológicos proceden de la investigación desarrollada por razones bélicas, siendo éste uno de los graves "pecados originales" de la moderna tecnociencia. Valga como ejemplo, el desarrollo de la informática al amparo de la necesidad de calcular mejor y más rápidamente tablas de tiro artillero. Esa fue la razón de la construcción del que pasa por ser el primer ordenador electrónico de la historia, el ENIAC, presentado al público el 15 de febrero de 1946, financiado por el Laboratorio de Investigación Balística (BRL, *Ballistic Research Laboratory*). En realidad, toda la informática nace de un esfuerzo militar financiado por el gobierno, como demuestra claramente Flamm en su libro "Creating the Computer: Government, Industry and High Technology" (1988). Y éste es sólo uno de los muchos ejemplos posibles.

En la ciencia ficción, junto a grandes clásicos de tema esencialmente bélico, como "La guerra de los mundos" (1898) de Herbert G. Wells, la casi fascista "Tropas del espacio" (1959) de Robert A. Heinlein y su brillante antítesis "La guerra interminable" (1974) de Joe Haldeman, sin olvidar la larga serie de los *Berserker* (iniciada en 1963) de Fred Saberhagen, lo cierto es que, en la actualidad, domina una ciencia ficción militar de carácter más lúdico y divertido. Suelen evitarse todos los horrores de la guerra, para centrar la trama en los movimientos de estrategia militar y en algún personaje emblemático, como ocurre en la muy exitosa y divertida serie protagonizada por Miles Vorkosigan e iniciada con "El aprendiz de guerrero" (1986) de Lois McMaster Bujold.

Dadas las circunstancias actuales, deseo referirme especialmente a una obra clásica e indiscutible como es "El nombre del mundo es bosque" (1972) de Ursula K. Le Guin. Se trata de una novela corta (premio Hugo 1973) que vio la luz por primera vez en el seno de una antología rupturista como fue "Again, Dangerous Visions" recopilada por Harlan Ellison.

En esa imprescindible novela, Le Guin nos habla de un planeta que es explotado comercialmente por los terrestres, sin atender a las formas de vida indígenas. La dominación comercial reviste una forma prácticamente militar de imposición, donde la prepotencia, el machismo y una incomprensible ceguera ante la realidad, forman el comportamiento habitual de los terrestres. La novela recuerda por asimilación el comportamiento imperialista de los estadounidenses, ya sea en su propia tierra contra los indígenas indios o, más claramente, en Vietnam. Al final, como no podía ser de otra manera, los terrestres, pese a su poderío técnico, resultan inoperantes ante una cultura, la de los athshianos, distinta, maravillosa y muy atractiva para el lector. Una cultura que, por desgracia, al final acabará reaccionando en contra de los terrestres, al terrible precio de descubrir algo impensable: el asesinato...

La obra de Le Guin es un buen ejemplo de que la ciencia ficción no es, precisamente, una literatura escapista. Por ello no deja de ser posible que, en un futuro cercano, aparezcan nuevas obras que, como la de Le Guin o el alegato de Michael Moore, sirvan para establecer una vez más la necesidad que sienten todos los humanos decentes de evitar comportamientos salvajes e incivilizados como las guerras. Tal vez haya que gritar, junto al humorista que lo acuñó, eso de: *"Vuelva a beber, señor Bush, el mundo se lo agradecerá"*.